

Filebario

Ubú Lihn O a Tientas y a Locas

Enrique Lihn ha publicado un libro orgiástico: "El Arte de la Palabra" (Pomaire, Barcelona, 1980).

Orgía de la palabra, fiesta pánica de la palabra, inflación aproximada de un mil por ciento de la palabra, "El Arte de la Palabra" recoge en 358 páginas la suma del apetito narrativo de Lihn mediante una trama de enormes complejidades que se cumple en la República Independiente (imaginaria) de Miranda.

Como se sabe, Lihn es Lihn y Pompier es su profeta. *Natura non facit saltum*, escribe Lihn (página 39). Leer a Lihn en el actual período de involución de Miranda debe de resultar para algunos una especie de suplicio chino. O un rompecabezas. Lihn destruye las líneas habituales de la escritura. O sea, rompe con el neotradicionalismo lingüístico para hacer de la antinovela el género más rico y más representativo del tiempo de feroces saltos cuánticos en que vivimos.

En otros términos, la naturaleza política del hombre da saltos (y bien espectaculares), según las nociones que nos entrega Lihn. Hubo una vez una Sociedad de las Naciones que pretendió instaurar la unidad de los pueblos de Occidente. Fracaso estrepitoso. Utopía. Lihn instaura esta vez una suerte de "sociedad de las nociones". Su novela está llena de nociones, es decir, de subtextos, de sobrentendidos, de flechas semánticas, de especulaciones filosóficas. El lenguaje adquiere de esta manera un espesor antinatural (¿y qué es lo natural?) mientras las situaciones-límites de la acción narrativa asumen el carácter de coyunturas-enjambres.

"El Arte de la Palabra" se convierte en un avispero.

La crítica y la ironía pesan demasiado.

Lihn recuerda las melodías altamente graficadas de cientificismo político de Jünger. Enmascarado, oculto detrás de Pompier, obra maestra de pasadas generaciones, Lihn rehúsa dar la cara, porque, de acuerdo con sus principios, no le corresponde. Es el *Deus ex machina*, sin embargo, de todo este formidable artilugio o intríngulis que encuentra en Miranda su tierra prometida.

Lihn es el prototipo del escritor estudioso. En tanto otros creen alcanzar la cumbre imitando a Cortázar, o García Márquez, o Vargas Llosa, Enrique Lihn se consagra a un examen de laboratorio de los supuestos sociales, políticos y estéticos de nuestra época. Sus conclusiones no se traducen en panfletos ni en proclamas.

La politicidad corrosiva de su escritura hiere, no obstante, la mentalidad pueril (corrientemente arcaica) del lector de novelas.

El lector colonizado por las viejas técnicas sólo pide juego de piernas, amén de unas cuantas metáforas de fácil estructura.

Pico de la Mirándola, perdón, Lihn, esto es, Pico de la Miranda, haciendo honor a las agallas de buscador de profundidades conflictivas de que lo dotó la naturaleza, extrae ciertos compases de novela de su "novum organon".

Lihn no está en el mundo para que le crean o no le crean. Está para crear sus instrumentos de trabajo. El que sea valiente que lo siga.

Frente a sus disquisiciones, algunos se aburrirán, temiendo morir de tedio; otros se indignarán hasta proferir insultos. No han de faltar, inclusive, los que planteen la necesidad de mantener una novela subdesarrollada para no desestibar nuestro nivel de subdesarrollo.

Europeísta, mundialista, miembro de un futuro Estado Universal, bajando a máquina sus dioses, Lihn evoca la perseverancia teutónica (no necesariamente nazi) de Ernst Jünger.

Se dirá, de seguro, que su proposición resulta excesiva para el lector de Contulmo o de Coihueco. Se dirá que Lihn desequilibra peligrosamente la balanza.

No importa.

Lihn es Lihn y Pompier su *Deus ex machina*.

La novela no ha de ser siempre lo que fue en la primera mitad del siglo XX.

FILEBO.